



Representación arquitectónica de un canon literario, A. M^a. Mora Luna

Pedro Garfias y Juan Rejano: dos poetas andaluces rumbo al exilio

ANA ISABEL MARTÍN PUYA
Universidad de Córdoba

Como cualquier otro ámbito de la cultura, el poético no se libra tampoco de condenar al olvido a muchos autores que no sólo merecen un reconocimiento que a menudo les es negado, sino que además desempeñaron un papel de enorme relevancia en el panorama literario de su tiempo. Tal es el caso de dos andaluces que desarrollaron la mayor parte de su actividad en un exilio que les condujo hasta tierras mexicanas: Pedro Garfías, nacido en Salamanca, pero criado entre la tierra sevillana de Osuna y la cordobesa de Cabra, y Juan Rejano, natural de Puente Genil (Córdoba), pueblo olivarero de casas caladas de blancura que evocará a lo largo de su obra mexicana.

Por tal motivo, conviene, de cuando en cuando, detenerse a releer y recordar la obra de estos dos poetas que, si bien no fueron profetas en su tierra durante los años de obligado exilio, se convirtieron en representantes y portadores de la cultura española y de la causa republicana en el país que con tanto cariño y generosidad les había acogido. En los años de la dictadura franquista, Garfías y Rejano cruzaron en alguna ocasión las fronteras de su patria en un regreso que tan sólo pudo ser poético, pero que les ayudaría a soportar la espera del ansiado retorno físico del reencuentro. Recordemos, como ejemplo del intercambio que se produjo durante estas décadas, que en 1955 Ricardo Molina, quien asegura conocer parte de la obra del poeta mediante revistas mexicanas y antologías, contactaría con su paisano pontanés para solicitar su participación en la revista *Cántico* (“te agradeceré que me mandes dos o tres poemas inéditos, siempre teniendo en cuenta que sean publicables”), petición a la que Rejano respondió enviándole el poema “Alborozo primero” de su *Córdoba del trópico*, que aparecería en el número 13 de la revista cordobesa, en 1957.

En México, Garfías y Rejano (unidos en una primera aventura literaria a poco de perderse en la lejanía el perfil de las costas españolas: el diario de a bordo del *Sinaia*) publican una variada obra poética, participan en numerosas revistas, ofrecen recitales y conferencias, colaboran y trabajan en universidades, y forman parte del panorama literario, y cultural en general, mexicano, con especial vinculación a periódicos y personajes del exilio republicano español.

Tras la muerte de ambos autores (la de Garfías en 1967; la de Rejano en 1976) llegarían la esperada difusión de su obra y el reconocimiento (parcial), que tendría lugar principalmente dentro de los límites andaluces (especialmente con publicaciones de carácter provincial o editadas por los propios ayuntamientos de los pueblos donde cada uno de ellos vivió en España). En México había aparecido ya *Alas de tierra* (UNAM: 1973) y, entre las ediciones españolas, en 1978 aparecerá otra antología, *La mirada del hombre*, editada por Aurora de Albornoz (casi dispuesta antes del fallecimiento del autor); en 1989 verá la luz la edición de las *Poesía Completa* de Garfías, mientras que Rejano tendrá que esperar hasta 2003 para

que el Ayuntamiento de Córdoba reúna en un volumen su *Poesía Completa*.

Pertenecientes ambos, por edad, a la llamada generación del 27, con algunos de cuyos componentes mantienen una sincera amistad desde su juventud, las circunstancias vitales e históricas de ambos poetas les llevaron a realizar una misma travesía sobre el buque Sinaia hacia México, junto con otros más de 1600 españoles republicanos. La complicidad y amistad entre ambos se verá fortalecida en la travesía del Sinaia, cuyo diario de a bordo, primera aventura literaria tras perder en la lejanía la pintura impresionista del perfil cada vez más lejano de España, fue encargado a Rejano, quien, tras mucho insistir, consiguió que Garfias le regalara un poema para tan significativa empresa. Elocuentemente y conforme la ocasión lo requería, su título fue "Entre España y México (A bordo del Sinaia)". Desde la frontera entre un pasado que se aleja y que comienza a añorarse y el futuro donde se deposita la esperanza, como canto de despedida de la patria y como agradecimiento y salutación a México, le recitó, en una noche del viaje, Garfias a Rejano estos versos:

Qué hilo tan fino, qué delgado junco
-de acero fiel- nos une y nos separa
con España presente en el recuerdo,
con México presente en la esperanza.
Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.

España que perdimos, no nos pierdas;
guárdanos en tu frente derrumbada,
conserva a tu costado el hueco vivo
de nuestra ausencia amarga
que un día volveremos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.
Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,
indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientos y con máquinas,
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México:

como otro tiempo por la mar salada
te va un río español de sangre roja,
de generosa sangre desbordada.
Pero eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh vieja y nueva España!

Obra hasta 1936:

Hasta el inicio de la guerra, Garfias había publicado un único libro, en 1926: *El ala del sur*. En él configura el salmantino una progresión desde unos primeros poemas afines al movimiento ultraísta e influidos por el creacionismo de Huidobro hacia una poesía con algo menos de artificio y más de intimismo lírico. Se mantiene el encadenamiento de imágenes creadas, pero asoma al verso la expresión de emociones *humanizadas* con mayor claridad que en los primeros poemas de esta etapa. El molde métrico recupera los visos de una tradición popular donde caben los romances o las canciones, y desaparece el uso expresionista de la tipografía.

Rejano, por su parte, no había publicado ninguna obra antes del 36 (aunque guardaba un libro inédito de principios de los años 20, de filiación posmodernista. Su labor pública, hasta entonces, se había desdoblado principalmente entre el periodismo y la imprenta. En Málaga, donde había trabado una gran amistad con Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, asistió con asiduidad a la tertulia de *El Café Inglés* y participado en la revista *Litoral* (también colaboró en otras de contenido más variado como *La Gaceta Literaria*, *Posguerra* o *Nueva España*), Rejano había presidido y dirigido la biblioteca de la sección literaria de la Sociedad Económica de Amigos del País, había alcanzado el puesto de redactor jefe de *El Popular* y desempeñado el cargo de secretario de prensa en el Gobierno Civil de Málaga, al tiempo que era también secretario de la Editorial Cenit.

Con el inicio de la contienda regresaría Garfias al terreno de la poesía, mientras que Rejano se centraría en una militancia periodística en la zona republicana, que le llevaría a ser director de *Mundo Obrero*. Combativos eran los artículos de Rejano y combativa era la poesía de Garfias, que, por aquellos años, había de adecuarse a las especiales circunstancias y mirar la cotidianidad de la guerra. En el frente cordobés, donde ejercería como Comisario de Guerra en los batallones de Villafranca y Pozoblanco, sucesivamente, y después en Valencia (donde desempeñó un cargo en el Comisariado General de Guerra), se escucharían los poemas de Garfias, que serían recogidos en *Poesías de la guerra* (Premio Nacional de

Literatura, 1938) y *Héroes del sur*. Ambos libros sería publicados conjuntamente en edición mexicana bajo el título de *Poesías de la guerra española* (1941).

El exilio:

Cercano el final de la guerra, Garfias comenzará su exilio en Francia, donde será recluso en el campo de concentración de Saint-Cyprien. Por suerte para él, gracias a la intervención de un Lord inglés, el escritor será acogido en la localidad británica de Eaton Hastings, donde permanecerá de abril a junio de 1939. Durante su estancia en tierras británicas, sacudido su corazón por la nostalgia y por el dolor de la pérdida de su patria (“vertical sobre sus despojos sangrientos, lejos, lejos del regazo perdido, de nuevo levantó su acento de diamante, su vuelo cegador, y en un bosque inglés nació el más hermoso canto al amor y a la patria, escapado de unas pupilas ciegas”, dirá Rejano en “Retrato de Pedro Garfias”, texto de 1950 que haría las veces de prólogo a la *Antología poética* del salmantino que el propio Rejano editaría), Garfias escribirá el que será, según Dámaso Alonso, el mejor poemario español del destierro, *Primavera en Eaton Hastings* (“Poema bucólico con intermedios de llanto”). Esta obra está configurada como un diálogo entre el poeta desterrado y una figura amada y ausente cuyo rostro se va delineando a lo largo del poema: España. Construido sobre la base de continuas contraposiciones de elementos, en el diálogo manifiesta la escisión entre el paisaje que le rodea y del que no se siente partícipe, y la geografía de la patria perdida, cuya presencia se mantiene en el interior del poeta y, por este motivo, hacia donde vuela su pensamiento transfigurando el paisaje de la localidad británica en el paisaje español. Canto bucólico a esa España que es, a un tiempo, amada, madre y patria, interrumpido por los intermedios de tono elegíaco, que son un llanto, un grito y una denuncia.

Ya en México, el compromiso político e ideológico de Garfias se manifestará claramente en *Elegía a la presa de Dnieprostroi* (1943), publicada en Monterrey, a donde Garfias se trasladará para ejercer como Secretario del Departamento de Acción Social Universitaria. En esta obra, el lirismo contenido será puesto en favor de la creación de un símbolo de la lucha obrera en la URSS. La presa de Dnieprostroi fue construida antes de la invasión alemana de Ucrania en la Segunda Guerra Mundial y, posteriormente, destruida para evitar su aprovechamiento por el enemigo. Garfias poetiza este hecho histórico en la composición que abre este breve poemario (consta de cuatro poemas) mediante una descripción lírica del mismo, en la que hace hincapié en el esfuerzo, la ilusión y el trabajo con que la presa fue construida, y en el dolor y sacrificio que supuso para los obreros destruirla con sus propias manos (“Fueron manos de obreros

las que hilaron los cables, / fueron manos de obreros las que hilaron la muerte...”). El resto de composiciones de la obra son homenajes a tres protagonistas de la lucha comunista: la ciudad de Stalingrado, el propio Stalin, y el que fuera secretario general del Partido Comunista español entre 1932 y 1936, José Díaz, que fue a morir a la Unión Soviética, y responden al mismo fervor político que la “Elegía” anterior.

La vivencia de la guerra española y su situación como exiliado debido a la victoria de las tropas franquistas son dos elementos que refuerzan la identificación de Garfías con la lucha política e ideológica que se está desarrollando en la URSS, cuyo triunfo es visto como esperanza de justicia para “los hombres libres de la tierra”, esperanza personificada en la figura de Stalin. Por este motivo, el “Canto a Stalin”, que Garfías dedica a Juan Rejano, activo militante por la causa comunista, en el que se engrandece la figura del dictador y su universalidad, el alcance de su repercusión, tras aceptar que se está en “la hora maldita del silencio” (“y hay que apretar los dientes, / y sobre todo hay que esperar, que esperar...”), interroga al dirigente (dictador) soviético acerca de la patria perdida: “dime si alguna vez retornarán mis plantas / a la dura y caliente caricia de mi suelo, / dime si alguna vez esta vergüenza / se borrará del mundo, si mi España vendida / sacudirá los hierros que el mundo le ciñera, / si alguna vez descansarán los muertos...”.

Además de éstos, Garfías (“soldado de la sola, sola verdad revolucionaria: aprendiz en la Casa del Pueblo, huelguista de las glorietas madrileñas, orador de mítines rurales con olor a establo y tricornio de la guardia civil”, que diría Rejano [“Retrato de Pedro Garfías”, 1950]), compuso otros poemas políticos, de carácter popular, romances y canciones, que estaban destinados a formar parte de un libro titulado *Canciones de la paz*, que nunca vio la luz. Entre ellos se encontraban un poema en conmemoración del 14 de abril español (“¿Volveré a sentir un día / lo que aquel día sentí, / o he de morirme esperando / ...otro 14 de abril?”) y “La paloma de Picasso” (“¡Vedla cubriendo el mundo / con sus alas de sol!” / Paloma de Picasso, / Paz de un solo color”).

En el año 1948 aparece en Monterrey, editado por el D.A.S.U., *De soledad y otros pesares*, obra que recoge “tres etapas, distintas y distantes”, de su poesía: dos poemarios ya publicados, *El ala del sur* y *Primavera en Eaton Hastings*, y *Coloquio de las torres de Écija*, escrito en México, su “segunda y amada Patria”. Este último es la recuperación de esa blancura y luminosidad andaluzas, que sólo se ven y se viven a plena luz del sol. La luz y el sonido de Écija. Mediante el dominio del encabalgamiento, del verso y de la rima interna, y de recursos estilísticos como la aliteración, el poeta hace fluir el sentimiento del desterrado, en un vaivén entre el resplandor del recuerdo del pasado y la sombra del dolor en que éste se convierte desde la distancia. A lo largo del *Coloquio*, la voz de Garfías se va impregnando de tintes existencialistas. El

personaje poético se nos presenta aquí como un sujeto perdido a la deriva, que deambula por los senderos de los sueños y el recuerdo, que le conducen a las tierras de Andalucía, cuyo sol, cuando ilumina el pueblo sevillano de Écija, “el sol que va dorando su piel y madurándola / hace cantar las torres transparentes de Écija”, “cuando la blanca luz dibuja los contornos / y hace la vida clara y limpia y verdadera / ya las sombras en fuga por los montes lejanos / da principio el coloquio de las torres de Écija”; es el color y el sonido, la vida, que se ha perdido en la lejanía del suelo andaluz. La dualidad del aquí y allá, del hoy y el ayer, del sueño y la realidad, de la noche y el día, de la memoria y del olvido, de la risa y del llanto, se desenvuelve en una reflexión cada vez más existencial que se decanta hacia el silencio, la soledad y la sombra, para desembocar en el desdoblamiento a la deriva del personaje poético en el abismo de la muerte, donde ya no habrá orillas ni razón ni sentimientos. El personaje aparece envejecido y vencido por la distancia, temporal y geográfica, y las piernas “ya no me obedecen”, y bramidos hondos le “crecen / del corazón como una yerba amarga”. No desaparece, en esta lírica poetización de sentimiento que va derivando en reflexión existencial, cierto cariz de denuncia y la defensa del ideal, manifiestos en la composición titulada “¡Que viene Don Quijote!”, donde el poeta universaliza y exalta tanto la figura del maestro Cervantes como la del hidalgo manchego:

[...] Que los gigantes, de verdad gigantes,
caigan a tierra como espigas rotas.
Que las princesas, de verdad princesas,
sean rescatadas de las zafias manos.

Libertad para el preso,
justicia para el pobre,
respeto para el loco,
para el gobernante honrado, ínsulas,
y palabras de miel y aros de sol
para la dulce, dulce Dulcinea.

La ancha risa a los campos
y el dolor en la entraña,
si en la tierra el tropiezo
el ideal arriba, más arriba,
¡que viene Don Quijote y va hacia Dios!

Con carácter antológico aparece, en 1951, *Viejos y nuevos poemas*; el número de éstos, los nuevos, se reduce a cuatro (“Manolete”, “Coplillas a un poeta muerto”, “Y bien...” y “Versos al mar de Veracruz”), que fueron copiados, en distintos recitales de Garfías en restaurantes de exiliados españoles en México, por

el editor, Roque Nieto Peña. Como en casi todas las publicaciones de Garfias, el prólogo corre a cargo de Juan Rejano.

Su última obra, *Río de aguas amargas*, publicada en Guadalajara en 1953, supone un testimonio poético de Garfias en el que el poeta vierte su poesía más honda y existencialista. Asoman en este libro las preocupaciones metafísicas del autor y la búsqueda de lo trascendente, que desencadena en el nihilismo. El poeta recurre a una métrica tradicional amoldada a sus necesidades rítmicas de expresión, con versos de arte menor y su quebrado, con mezcla de endecasílabos y heptasílabos, para los sonetos, en los que se introducen reminiscencias de Machado, Unamuno, Juan Ramón... Desde la expresión inmensa de una soledad absoluta, en este río vital de amargura nómada y desorientada, desubicada en el vagar continuo de su cauce, cobra especial relevancia la imagen del árbol humanizado, símbolo de lo arraigado en la tierra, frente al desarraigo de lo etéreo e huidizo, cuyo hábitat es la noche, la hora en que el alma dolorida se inquieta, se revuelve y convulsiona, hora de los recuerdos, de los sueños y de la muerte. El sujeto poético se halla en una encrucijada donde no hay mañana posible; sólo el pasado en la memoria y un presente vacío. Los árboles, los campos, el viento, todo se halla humanamente dolorido, e incluso los Dioses mueren “definitivamente”. El poeta recorre su trayectoria pasada y parece querer unir este testamento poético con la obra de su nacimiento, volviendo al origen. “Nuevos acordes” sustituyen ahora a aquellos “Acordes” de *El ala del sur*, breves poemas donde se recrean concisas reflexiones sobre la identidad (perdida), el sueño (“Y vive un poco menos o sueña un poco más”), la soledad (“Él iba solo / tambaleándose”) o la muerte, que sobrevuela el universo general de este libro. Finalmente, si el poemario se abría con una composición dedicada a la palabra, que se aviene en la noche y que “busca su querencia”, se cierra ahora desnudando a la palabra hasta lo esencial, para que el hombre sea liberado:

Permitid que le quite plumas a la palabra.

Permitid que la deje con sus sílabas justas:

Paz. Libertad. Amor. Justicia: España.

- Y la palabra Guerra y la palabra Muerte

y todas las palabras mal nacidas

se apagarán de pronto,

se apagarán envueltas en cenizas.

Y una sola palabra rodará por el mundo

con un tremendo empuje de roca desprendida,

una palabra sola,

una sola: Justicia.

Y a su piel apegadas

las palabras más bellas de la vida:
Paz. Libertad. Amor.
La enlutada de gris melancolía
se alejará despacio
arrastrando su bata de larga cola tímida.

Y el hombre, liberado de su angustia,
podrá gritar: mi reino es todavía.

Como hemos visto, por tanto, la poesía de Garfias tras la guerra civil continúa la línea de rehumanización en que se hallaba su estética en el punto previo a la contienda. Su poesía será expresión lírica de sentimiento desbordante y creación de ensueño, donde el paisaje se erigirá en compañero del poeta que, una vez salido de su tierra, buscará en todas las patrias la suya y deambulará, sin saber dónde sus pasos le llevarán, con la mente puesta siempre en España. Los elementos enraizados, arraigados a algún espacio concreto aspirarán, sin embargo, a sobrepasar los límites de su horizonte. Aquellas imágenes ultraístas que lo acompañaran en sus inicios dejarán su huella en la obra posterior del salmantino andaluz y, hasta en sus poemas de consigna política, brotarán suavizadas en metáforas de humanidad en los objetos, al lado de la apropiación de una línea de la tradición española, vinculada especialmente con el modernismo y la generación del 27. Los temas principales de su obra son España, el pueblo y lo universal, el recuerdo y la nostalgia de Andalucía, y los sentimientos de la soledad y el deseo de la muerte. La dialéctica entre interior y exterior y entre lo individual y lo colectivo derivará, en Garfias, en los últimos años, hacia un mayor intimismo e individualidad, sin perder de vista la interiorizada principal *causa de su agonía*: España.

Sus últimos años los pasará enfermo y bohemio, subsistiendo gracias a las ayudas de sus amigos, a costa de una "Asociación de amigos de Pedro Garfias" promovida por Juan Rejano.

Juan Rejano:

*No, la tierra no es un concepto vacío para el que
la ha perdido. La tierra manda. Somos sus esclavos.*

La labor literaria iniciada por Rejano en España, con su vinculación a la revista *Litoral* y su amistad con algunos de sus componentes, se verá continuada e incrementada durante su larga estancia en México, con la creación y participación en diversas revistas poéticas. Fundador de *Romance*, Rejano se reencontrará con Emilio Prados, junto a quien rescatará una nueva *Litoral* (también con Altolaguirre, Cernuda, Moreno

Villa y Giner de los Ríos) al otro lado del Atlántico. Dirigirá, durante muchos años, el suplemento literario del diario *El Nacional* y participará en las revistas *Ars* y *Ultramar*.

Su cargo dentro del Comité Central del Partido Comunista le llevará a participar en conferencias, mítines y recitales tanto en México como en China, Rusia. Su aspiración a una justicia y libertad universales le llevaron a denunciar, desde sus artículos periodísticos, actos contrarios a este ideal, que se estaban cometiendo en España y en otras partes del mundo. Denunció, por ejemplo, la expulsión de Francia de numerosos exiliados españoles y la aceptación del régimen franquista por Occidente como peón del mercado y política internacionales o, en el terreno literario, la inclusión en un mismo saco generacional de autores antifranquistas, como él mismo, junto a otros adeptos y afectos al régimen:

si por algún motivo es preciso quedar inserto en alguna generación o grupo, yo declaro [...] que pertenezco al que, dentro de España, en las peores condiciones y jugándose la vida a cada instante, emplea la pluma en defender la causa del pueblo, de la libertad nacional y de la paz mundial, que es tanto como decir, contra los secuestradores falangistas de España¹.

En prosa, publicó un homenaje a Lorca, *El poeta y su pueblo*, un ensayo sobre el pintor cordobés Antonio Rodríguez Luna, también exiliado en México y a quien le unió una gran amistad, y *La Esfinge Mestiza. Crónica menor de México*.

El concepto positivo de lo universal y de lo humano que Rejano alberga se puede observar en un borrador de su libro sobre el pintor cordobés Antonio Rodríguez Luna:

En última instancia, la españolidad de Antonio Rodríguez Luna, ¿qué otra cosa es en el fondo sino universalidad -ese impulso superior que en las artes se origina acaso con mayor generosidad que en ninguna otra actividad humana y cuyo fin más alto es el encuentro con el hombre, con el hombre sin aditamentos gentilicios? (Rejano: texto mecanografiado sobre Antonio Rodríguez Luna).

Escritor autodidacta anclado en la tradición literaria española, Rejano coincide con Antonio Machado, referente insustituible, en considerar la poesía como *palabra acuñada en el tiempo*. La lectura de la obra del pontanés nos permite corroborar su propio concepto de la misma, que él expresaba en una entrevista realizada en México con motivo de la aparición de su antología *Alas de tierra*, cuyo título sintetiza la poética de Rejano:

¹ Rejano, Juan, "Las generaciones literarias", en *Cuadernillo de Señales*, 23 de noviembre de 1950, p. 6

la poesía forma parte de la lucha del hombre con el tiempo [...] es una búsqueda apasionada de la palabra, hasta el punto de que cuando el poeta está tratando de devolverle a ésta su virginidad perdida, se convierte en una agonía y cuando lo consigue, resucita. Es una agonía y una resurrección [...] Hoy ya no es sólo canto; es crítica, es reflexión sobre las cosas [...] Para mí, sólo hay un tipo de poesía y en él caben todas las inquietudes del hombre².

Su actividad, dividida entre el periodismo y el mundo editorial y de la imprenta, supondrá para Rejano una doble aportación de dos puntos de vista aparentemente opuestos, pero que el pontanés sabrá conjugar e integrar en su trabajo literario. Por un lado, el periodismo le ofrecerá una especial conciencia de la historicidad, de donde surge la dialéctica pasado/presente/futuro. La imprenta, por su parte, es el lugar donde se plasma la creación poética; por consiguiente, aporta una perspectiva muy ligada a la ficción, al territorio de lo imaginativo, la ensoñación y los ideales. En el cosmos poético de Rejano se conjugan y confluyen ambas experiencias: inmersa la poesía en la dialéctica sujeto-objeto, la obra de Rejano se decantará por este último, por la presencia del objeto dentro de un marco histórico concreto. La propia experiencia de la guerra civil y el exilio acentuarán, probablemente, la consciencia histórica del poeta cordobés. Preocupado siempre por la cuestión de la esencia de lo poético, Rejano trata de alcanzar una estética capaz de abarcar y conjugar lirismo poético y compromiso social, político e ideológico, labor que encuentra un modelo inigualable en la obra de Pablo Neruda.

Su poesía es un ir y venir entre los dos polos de unas mismas dualidades, que se repiten a lo largo de su obra: realidad/sueño; individual/colectivo; interior/exterior. Los propios títulos de sus libros responden en ocasiones a una estructura dual: *El Genil y los olivos* (1944), *El jazmín y la llama* (1966), *El río y la paloma* (1961); o el de su antología *Alas de tierra* (1973).

Los temas recurrentes coincidirán en gran medida con los que veíamos en Garfias: España (desde la perspectiva de la injusticia, desde el sentimiento de nostalgia, desde la expresión del deseo del regreso a la patria), temas políticos, el amor, la muerte y Andalucía. Pero en Rejano, sobre las sombras del dolor, la soledad o la distancia, sobrevuelan la alegría, el compañerismo o la presencia, siempre luminosa, de la esperanza en el porvenir (como Machado, la “fe en el mañana”).

La obra de Rejano está construida a veces con un lenguaje sonoro, cierto barroquismo sintáctico y una exposición sostenida de los temas, como ocurre, por ejemplo, en *Fidelidad del sueño* o *El oscuro límite*; en otras ocasiones, el aire de la poesía popular y la canción se instituye en vía de expresión a través de un lenguaje sencillo y lírico andaluz, como en el caso de *El Genil y los olivos* o *Canciones de la paz*.

² Entrevista a Juan Rejano: “Toda fuerza creativa es poesía, Juan Rejano”, por Olga Harmony, en *Índice*, n. 12, enero-febrero de 1976.

En su primera obra, *Memoria en llamas* (1939), publicada conjuntamente con *Fidelidad del sueño* (1941), son conjurados los grandes clásicos españoles (Garcilaso, Calderón, Góngora...) del Siglo de Oro para apropiarse Rejano de esa tradición raigal y trastocarla en su canto de evocación de la tierra arrebatada, que no es en este caso sencillez lírica ni búsqueda de expresión íntima a través de formas populares, sino manifestación del profundo conocimiento de la tradición española, con juegos verbales y muestras de dominio retórico. Se expresan la profundidad con que el poeta está unido a su tierra de origen y el sufrimiento y desgarró que provoca el destierro. La simbiosis amada-patria sustituye al amor a Dios de los místicos y al amor al ideal femenino de Garcilaso.

La amada patria irrumpe en la poesía de Rejano como objeto del amor y desengaño, en una recuperación del tradicional tratamiento del tema amoroso en los clásicos españoles, pero de tal modo que ya no se dirige el sujeto a una dama (como en la línea garcilasiana) ni a Dios, como ocurre en el caso de los místicos, sino que el objeto del deseo es la patria perdida que ha expulsado al sujeto a un injusto destierro. Del mismo modo que en los clásicos, se trata de un amor “espiritualizado”, en que la lejanía y el rechazo, al igual que producen una agonía diaria, propician una mayor intensidad del sentimiento amoroso; el amor es mayor y más consciente. La vida lejos del objeto del amor es muerte y el sujeto reduce su vida a cantar la pérdida y a luchar y esperar el reencuentro con la amada España perdida (“Volverá el polvo a ser semilla, / primavera de llamas tus cadenas”). Dicho reencuentro se manifiesta en el poemario casi como una certeza, la esperanza es evidente y, por ello, el soñar el regreso futuro es motivo de alegría (“Vivir de ausencia es ya sobrevivirse”).

La huida de la patria prisionera no conduce hacia la libertad:

[...] No es esta ausencia que se yergue lejos
ascua de libertad, onda en la huida:
es argolla de amor a ti prendida
y unida a ti con eslabones viejos.

Yo no sé en este espacio, es este abismo,
sino hallar la ciudad de mi espejismo,
anclado en laberintos de riberas.

A cada paso resucito y muero.
Sólo sé que tú existes porque espero
y sé que existo yo porque me esperas.

Fidelidad del sueño (1941) continúa esta línea de expresión del desarraigo, expresado aquí mediante la dicotomía realidad/sueño. Proclamado claro vencedor el sueño desde el título del poemario, se evocan la patria y el propio sueño “ya no es mío, / ni está en mis manos detener su aliento”. El personaje poético se aferra al sueño, enfrentado a una angustia sentimental que le lleva a imaginar el regreso al origen de la madre-patria y a temer la muerte lejos de España.

Entre los versos de una lírica popular de lenguaje sencillo, brota el recuerdo de Andalucía, del Puente Genil natal del poeta, río, cal blanca y olivares, en *El Genil y los olivos*, composición en que encontramos un río que es símbolo de lo fluyente y huidizo, eterno en su fluir, frente a los árboles, lo enraizado, lo arraigado, lo que permanece, imagen de la muerte. De otro lado, lo natural frente a lo cultural, fruto del trabajo del hombre (a su vez, símbolo de industria y explotación). Aúna, de este modo, Rejano la emoción lírica con una lectura ideológica, de manera que el sentir personal conduce hacia lo universal.

También en *El jazmín y la llama* (1966) la presencia de España, de su distancia y de la esperanza. El amor del sujeto poético que vive sus sueños de revisitación de su tierra le lleva a incluir en sus viajes oníricos a la amada y su esperanza de volver es también la esperanza de compartir la geografía de su niñez, del pueblo y campo andaluces con aroma de olivar, de esa porción de su amada España, con el otro objeto de su amor, la mujer destinataria de estos poemas.

En el poema “Final” de este libro, el amor parece capaz de trascender la muerte futura del personaje a través de un “rumor” y una “pasión” fundidos con la naturaleza. La presencia del amante parece pervivir en la esencia de la naturaleza y a través del recuerdo.

Testamento poético de Juan Rejano, en *La tarde* (1976) hallamos todos los puntos temáticos que el pontanés abordó en el resto de sus obras. La luz se atenúa y se aproxima, lenta, la noche. El personaje poético se halla ahora envuelto en una serenidad que le permite hacer un laberíntico repaso a toda una vida llena de contradicciones. Reaparece una y otra vez el tema de España, las raíces, la tierra amada de los olivares y la cal luminosa, el paraíso de una infancia de paz, el homenaje al camarada (amigo), ahora muerto, el dolor y la duda, el amor y el olvido, la memoria y la nostalgia, el futuro... Repaso de una vida y de una obra, el lirismo de aguas contenidas y amansadas, en *La tarde*, adopta un cariz más intimista y reflexivo donde brotan tintes existencialistas. El sufrimiento, la soledad y la proximidad de la muerte (la definitiva, pero también la diaria) contrastan, sin embargo, con la esperanza invencible de un poeta que se siente vencido por el tiempo y la distancia. La sombra en que vive el eterno personaje de Rejano no esquiva

Bibliografía

Albornoz, Aurora de (ed.). *La mirada del hombre*. Madrid: Casa de campo, 1978.

Fernández Montes y Toledano. *Poesías*. Madrid: Demófilo, 1977.

Garfías, Pedro. *Poesía completa*. Córdoba: Ayuntamiento de Córdoba, 1989.

— *Viejos y nuevos poemas*. Prólogo de Juan Rejano. México: Ediciones Internacionales, 1951.

— (ed.). *Antología poética*. México: Finisterre, 1970.

Hernández, Teresa (ed.). *La tarde y otros poemas*. Madrid: Cátedra, 2008.

Litoral. *Homenaje a Pedro Garfías*. No.115–117. Torremolinos (Málaga), 1982.

Litoral. *Señales de Juan Rejano*. No. 91- 93, Torremolinos (Málaga), 1980.

Rejano, Juan. *Poesía completa*. Córdoba: Diputación de Córdoba, 2003.

Roldán, Mariano (ed.). *Antología de urgencia*. Madrid: Colección Dulcinea, 1977.

Ruiz Pérez, Pedro. “Los exilios de Juan Rejano”, en Soria Mesa, Enrique (coord.). *Puente-Genil, pasado y presente: I Congreso de Historia*. Córdoba: Universidad de Córdoba, 2002.

Página web de la Fundación Juan Rejano: www.fundacionjuanrejano.es (14/08/2011).